

UNA HISTORIA EN RIMAS: JOSÉ VARGAS PONCE Y *LA ARAUCANA* DE ERCILLA

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
Grupo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Cádiz

1. «MUCHO SINTIERA ME ROBARAN EL ERCILLA»

La historiografía literaria ilustrada, como casi todos los demás empeños de nuestra Ilustración, no solo habla en lo que dice, sino también en lo que calla, en lo pensado y en lo malogrado. José Vargas Ponce (1760-1821) hizo varias aportaciones a la articulación del canon de nuestras letras a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Ninguna fue sustancial e irremplazable, pero no por ello son menos dignas de ser tomadas en cuenta. En su caso lo proyectado fue más que lo conseguido; y solo una parte de su legado inédito se infiltró, de forma declarada o no, en la bibliografía crítica y, aunque tardía e indirectamente, contribuyó a perfilarla en algunos aspectos.¹

1. Sobre Vargas Ponce véanse: Cesáreo Fernández Duro, «Noticias póstumas de D. José de Vargas Ponce y de D. Martín Fernández de Navarrete», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXIV, (1894), pp. 500-546; Cesáreo Fernández Duro, *Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de Arte*, Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Tello, 1900; Fernando Durán López, *José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997; Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), «*Había bajado de Saturno.*» Diez calas en la obra de José Vargas Ponce, seguidas de un opúsculo inédito del mismo autor, Cádiz, Universidad de Cádiz-IFESXVIII de la Universidad de Oviedo, 1999; Juan Manuel Abascal Palazón y Rosario Cebrían, *José Vargas Ponce (1760-1821) en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2010; Fernando Durán López, «Las vigilijs eruditas de José de Vargas Ponce», en *Ser autor en la España del siglo XVIII*, ed. Elena de Lorenzo, Gijón, Trea, 2017, pp. 373-398.

En lo literario el interés de Vargas Ponce siempre tendió hacia la historia, la elocuencia y la prosa didáctica: Alfonso el Sabio, los cronistas medievales, historiadores y jurisconsultos como Ambrosio de Morales o Gregorio López... Las bellas letras le atrajeron poco como materia de estudio, pero hizo una excepción con Alonso de Ercilla y *La Araucana*, a la que consideraba también una pieza de carácter histórico. Es a este respecto significativo que, en su primer libro, el temprano *Elogio de don Alfonso el Sabio* (1782), cuando invoca a las glorias de la poesía castellana que vienen a engrandecer la senda que el monarca habría iniciado, solo pronuncia tres nombres: «Ercilla, Villegas, Garcilaso, venid a ver al creador de vuestro dulce arte».² De Ercilla es también el lema de portada de uno de sus libros como historiador naval: «Magallanes, Señor, fue el primer hombre / que abriendo este camino le dio nombre» (*Araucana*, canto I, octava 8).³ Su obra más importante en estas cuestiones, de ribetes polémicos y con afán de aleccionamiento cívico, fue la *Declamación* sobre la corrupción del castellano, que publicó en 1791 junto con una *Disertación* que constituye un tratado de historia de la lengua y la literatura españolas. Allí el carácter panorámico y el tono apologetico no permiten entrar en honduras sobre autores, aunque sí deja claro que *La Araucana* figura por derecho propio entre las principales glorias literarias de la buena época de nuestras letras:

La elocución, único objeto de nuestro argumento, en la épica y en la dramática fue tal y tan buena como la de Ercilla en su *Araucana*, en la *Austriada* de Virués, en *La contienda de Áyax y Ulises* de don Hernando de Acuña y en la mayor parte de los 60 poemas épicos originales que han producido nuestros númenes; aunque en lo demás de tan desigual desempeño, si se exceptúa la *Cristiada* de Hojeda, poema muy poco conocido y que acaso no temería una rigurosa crítica.⁴

Basten estas pinceladas para retratar la pasión que le unió desde joven con la obra cumbre de Ercilla. Pero al margen de esta admiración, no resultaba previ-

2. *Elogio del Rey Don Alonso el Sabio*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1782, p. 57.
3. *Apéndice a la relación del viaje al Magallanes de la fragata de guerra Santa María de la Cabeza, que contiene el de los paquebotes Santa Casilda y Santa Eulalia para completar el reconocimiento del Estrecho en los años 1788 y 1789. Trabajado de orden superior*, Madrid, Imprenta de la Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1793.
4. José Vargas Ponce, *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada en la Academia Española, año de 1791. Síguela una disertación sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1793, § 76, p. 114. Obsérvese, para lo que luego se explica, que, en ese momento, tal vez por la imposibilidad de matizar o tal vez por convencionalismo canónico, no tiene reparo en incluir la obra entre la poesía épica.

sible que le fuera a consagrar su tiempo. Sin embargo, en los últimos años de su vida y en adversas condiciones personales, emprendió un plan exhaustivo para documentar, estudiar y divulgar el gran poema por medio de una edición crítica, con aspiraciones canónicas. Ese empeño no se comprendería sin su deseo de colaborar con una institución con la que mantuvo trato tortuoso durante treinta años: la Real Academia Española. La docta casa le fue propicia en el amanecer de su carrera, al otorgarle su premio de elocuencia por el *Elogio de don Alfonso el Sabio* siendo un desconocido oficial de la Marina; después todo fueron desencuentros, cuando no abierta hostilidad. Así pues, Vargas Ponce construyó su perfil intelectual sobre su entrega incondicional a la Real Academia de la Historia, mientras que el flanco literario y lingüístico que la Española acreditaba le supuso una lacerante asignatura pendiente.

A principios de 1814, sin embargo, se hallaba en Madrid como diputado recién incorporado a las primeras Cortes constitucionales, y la Academia afrontó una renovación con aires de *aggiornamento* político, después de que varios miembros hubiesen muerto durante la guerra y varios afrancesados estuviesen ausentes. La corporación reaccionó eligiendo en esos primeros meses del año como miembros de número a significados prohombres político-literarios: Manuel José Quintana, Eugenio de Tapia, Francisco Martínez de la Rosa, Tomás González Carvajal, Diego Clemencín y José Vargas Ponce. No fue una elección profética, toda vez que tres meses después sobrevino el golpe de Estado absolutista y aquellos próceres liberales cayeron en desgracia o dieron con los huesos en la cárcel. Vargas Ponce salió desterrado a Sevilla en mayo del 14. Este ostracismo le dejó mucho tiempo libre para combatir su amargura mediante una empecinada dedicación al estudio: buena parte lo consagró a preparar una edición de *La Araucana*, que iba a ser el segundo volumen de una colección de clásicos acordada por la Academia Española. El primer volumen fue el *Quijote*, con una nueva y extensa biografía de Cervantes de Martín Fernández de Navarrete, aparecida en 1819. Así, en un memorial de servicios gubernativos y patrióticos elaborado hacia 1816 afirma: «Con objeto de presentarlo a la Academia Española, [tiene escrito] el juicio y análisis de la *Araucana*, con la vida muy completa de D. Alonso de Ercilla, para la que posee muy raros documentos».⁵

En efecto, entre 1814 y 1820 desarrolló una ardua labor que quedaría inconclusa en lo que atañe al estudio e interpretación de la obra y sin empezar siquiera en su edición y anotación. Igual que en el caso cervantino, el gran aporte iba a ser

5. José Vargas Ponce, *Obras escogidas*, ed. de Fernando Durán López, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2012, p. 24. Esta nota autobiográfica la tenía redactada desde 1813, pero no llegó entonces a presentarla a la superioridad; a comienzos de 1816 la rehízo, amplió y puso en limpio para reclamar el perdón al gobierno, y entonces incorporó esta referencia.

la biografía de Ercilla. El legajo documental que conserva la Academia Española, y que luego describiré, permite fechar el proceso, que se realizó a caballo entre Sevilla y Cádiz. Comienza en junio de 1814, solo pocos días después de que el marino hubiese salido desterrado de Madrid, pues en uno de los cuadernillos se lee este encabezamiento: «Notas de la 1ª lectura de la Araucana con el ánimo de reimprimirlos [sic]. Sevilla junio 5 de 1814» (f. 124). En ese justo momento, pues, se pone a releer el poema y a tomar notas; el esfuerzo abarcará los cinco años que siguieron.

No fue en absoluto fácil. El gobierno le había fijado residencia forzosa en Sevilla, que fue alternando con algún viaje a Huelva y varias temporadas en Cádiz, donde era amparado por sus opulentos amigos, los Böhl de Faber. Se le había desterrado de la corte de un día para otro por su participación en las Cortes liberales, pero apenas le dieron relieve como enemigo, sino que más bien pretendían olvidarse de él en todos los sentidos. Se le adeudaban numerosos atrasos, había perdido el destino sin que le concediesen otro y apenas recibía nada de su sueldo. Al irse de Madrid no pudo coger libros ni papeles, y estaba privado del acceso a buenas bibliotecas.⁶ Para realizar una investigación como la que editar la *Araucana* requería, hubo de pedir prestadas las obras que tenía que consultar, empezando por la de Ercilla. Los Böhl de Faber suplieron muchas de esas necesidades,⁷ pero solicitó favores a otros, como muestra uno de sus poemas recopilados por el marqués de Valmar: «A don Manuel España, pidiéndole el segundo tomo de *La Araucana* de Ercilla, y remitiéndole el primero».⁸ Es una pieza burlesca, muy propia de su estilo epistolar, cuya parte más sustancial dice:

A vos, por último, a vos
Yo don Gregorio Guadaña
desde esta mi humilde choza
os mando salud y gracia.

6. Se quejaba así de Sevilla en carta a Fernández de Navarrete: «se te haría increíble cuál está esta ciudad. Está más iliterata que Pamplona, que es cuanto se puede decir. No se encuentra un libro [...]. Desengañémonos: [...] no es posible trabajar de pluma sino los gatos de la dehesa de la plaza de San Francisco» (Biblioteca del Museo Naval, ms. 2404, autógrafa, fotografía, datable hacia mayo de 1816).
7. Consta que los trabajos sobre *La Araucana* se hicieron en gran parte en las estancias gaditanas, porque así lo sugiere su correspondencia regular con Fernández de Navarrete, por ejemplo en una carta de diciembre de 1819, escrita en Sevilla, pero según allí dice, poco antes de pasar a Cádiz para ocuparse de Ercilla (Biblioteca del Museo Naval, ms. 2404, autógrafa, fotografía). Igualmente en una carta desde Cádiz en 1-II-1820 se presenta ante Tomás González «entendiéndolo solo en Ercilla» (en Abascal y Cebrián, cit., p. 176).
8. Leopoldo Augusto de Cueto, *Poetas líricos del Siglo XVIII*, t. III, Madrid, Rivadeneyra (BAE 67), 1875, p. 610. Reimpresión facsímil: Madrid, Ediciones Atlas, 1953, por la que cito. El poema no aparece datado, pero ha de corresponder a 1814.

Sepades que asaz gustoso
 di cabo ya a las fazañas
 que el buen home Alonso Ercilla
 nos enhebra en su *Araucana*.
 E queriendo, si vos place,
 continuar en la folganza
 de su leyenda, magüer
 otros cuidados me claman,
 rendidamente os suplico
 (ca siempre humillado fabla
 home que a guisa de ruego
 cosa que le tañe apana)
 que por el mismo conducto,
 dejando la griega parla,
 logre yo el segundo tomo,
 dándoos por este mil gracias.

Desde Sevilla también estuvo asediando en 1819 al archivero de Simancas, para que le localizase datos biográficos de Ercilla.⁹ Desconozco si contó con algún auxilio de la Academia, porque en una quejumbrosa carta a Navarrete, fechada en Sevilla en diciembre de 1815, se extiende sobre sus carencias de dinero y los retrasos de su sueldo, menguado a la mitad desde que lo echaron de Madrid, pero que aun así solo había cobrado hasta mayo: «tengo que mendigar amanuense, no teniendo medio humano de pagarlo», asegura, y más adelante insiste en que «a no ser por un amigo gaditano que desde mi salida de esa me lleva prestados 15000 reales, no pudiera subsistir. No tengo ni para un amanuense».¹⁰ El gasto en copistas era por entonces uno de los conceptos necesarios para el trabajo erudito, sobre todo porque Vargas Ponce tenía muy mala letra, estaba ya muy corto de vista y acostumbraba a reelaborar una y otra vez sus escritos sobre copias sucesivas. Sin embargo, como luego explicaré, existen varios manuscritos de distintos amanuenses, que seguramente no son los únicos que hubo. No sorprende en el personaje, pero es evidente que hubo de gastarse en esto parte de lo poco que tenía, o de lo que pudo obtener de la generosidad de sus bienhechores.

9. Véase la *Correspondencia y otros papeles de Tomás González, comisionado regio en el Archivo de Simancas, 1815-1824*, BN, mss. 12752, ff. 105-131. Las misivas remitidas por González y que completan este intercambio, en RAH, sign. 9-4230(20). Cf. Abascal y Cebrián, cit., pp. 175-176.

10. Carta de 11-XII-1815, Biblioteca del Museo Naval, ms. 2404, autógrafa (fotografía). A González, cuando empezó a proporcionarle datos, también le dice con guasa que le abra «una cuenta-cita de los gastos de tinta y pluma» (en Abascal y Cebrián, cit., p. 176).

Así las cosas, en julio de 1819 remitió a la Española el plan de su edición, ya muy avanzado. Sin embargo, los mismos azares políticos que habían marcado el comienzo del proyecto decidieron su malogro final. La constitución se reinstaura en marzo de 1820 y él es llamado de nuevo a Cortes en Madrid. A comienzos de junio tomó el camino de la capital por vez última y al matrimonio Navarrete le escribe: «Dios quiera [...] que no dé en los escollos de los niños de Écija [...] Mucho sintiera me robaran el *Ercilla*».¹¹ Llevaba encima sus papeles, claro está, con intención de terminarlos y reintegrarse a las academias. Mas era ya una pasión inútil, pues ese año postrero de su vida sus tareas públicas absorbieron su tiempo, que hasta entonces, como pobre desterrado sin obligaciones, le había sobrado. No obstante, siguió avanzando y en diciembre presentó a la Academia parte de sus resultados. Es difícil saber cuánto hubiera necesitado para concluir cuando en febrero de 1821 le alcanzó la muerte y, como diría Cervantes, «fuese y no hubo nada».

O casi nada. Los restos de sus esfuerzos se arrumbaron junto con otros muchísimos papeles en sus legados testamentarios. No obstante, la Academia Española sí llegó a publicar una edición de *La Araucana*, aunque solo en 1866.¹² El estudio introductorio, a cargo de Antonio Ferrer del Río, paga el debido homenaje a la labor previa e inacabada de Vargas Ponce. Este dato es importante, porque justifica un impacto indirecto del gaditano sobre este segmento de la historia literaria del Siglo de Oro, anterior a la publicación de sus inéditos en 1902 a la que me referiré en el siguiente apartado.

Sin embargo de su ausencia forzosa de seis años, activa correspondencia mantuvo con la Academia Española; ya haciendo puntual referencia de lo mucho que en Hamburgo se estimaban las obras antiguas de nuestros buenos escritores; ya anunciando el envío de la *Silva de Romances viejos castellanos*, recién dada a luz en la capital de Austria; ya mandando obsequioso dos obras suyas [...]. Aún fue el 13 de Julio de 1819 de mayor precio la remisión del plan formado para la publicación de *La Araucana*, con la vida de Ercilla y diversas notas. Aquí trajo personalmente el 23 de Diciembre de 1820 su análisis del poema famoso, y el 18 de Enero de 1821 cierta exposición autógrafa del poeta ilustre. Mas no fue dado avanzar al respetable Señor Vargas Ponce, pues le sobrevino a poco la muerte, el 6 de Febrero.¹³

11. Carta fechada en Sevilla, 3-VI-1820, Biblioteca del Museo Naval, ms. 2404, autógrafa y de letra difícilísima de entender (fotografía).
12. Alonso de Ercilla, *La Araucana*. Edición de la Real Academia Española, Madrid, Imprenta Nacional, 1866 (2 vols.). Pertenece a la «Biblioteca selecta de autores clásicos españoles».
13. *La Araucana*, ed. cit., p. VII.

Ferrer del Río acredita el legado de su antecesor, cuyos manuscritos ha consultado con provecho, aunque no declara toda la extensión de su deuda con ellos. Reprocha al fecundo gaditano acumular erudición, amontonar noticias e incurrir en divagaciones; lo ambicioso de su plan para editar el poema le lleva a afirmar, con algo de sarcasmo, que «quizá labrara así un monumento grandioso, para sepultura de *La Araucana*».¹⁴ Ferrer plantea un sistema más educativo que no entierre el texto bajo datos y comentarios. Pero su introducción, así como las «Ilustraciones» finales, beben de continuo de los manuscritos de Vargas Ponce, a quien cita no pocas veces, y casi siempre con elogio; eso sí, todo se redacta de nueva planta, de forma más breve, eliminando excursos, reduciendo el tono retórico y aportando un enfoque propio donde le parece menester. En la biografía la deuda es más patente, ya que Ferrer del Río resume o parafrasea la plantilla dejada por el gaditano, sin copiar casi nunca a la letra: su trabajo, en realidad, consistió en reelaborar a la baja lo dejado por Vargas Ponce y actualizarlo. El gaditano había levantado ese relato biográfico poco menos que de la nada y, gracias a Ferrer del Río, se fijó como referencia casi única durante un siglo, hasta la aparición de la obra de José Toribio Medina, quien afirma con rotundidad que todas las biografías anteriores se habían basado en la de Ferrer del Río, que a su vez compendia la de Vargas Ponce.¹⁵ Esa será, a la postre, la única destilación —oblicua, parcial y semioculta— de los afanes ercillescos del gaditano que pudo recibir el público durante la segunda mitad del XIX. Luego, como es ley de erudición, caducó tras cumplir su accidentado ciclo.

2. DESPOJOS TEXTUALES

El trabajo de Vargas Ponce sobre Ercilla quedó, según ya se ha indicado, sin concluir e inédito salvo en lo filtrado en la edición de 1866. No obstante, a comienzos del siglo XX la corporación rescató de modo directo las partes concluidas del estudio, que dio a conocer en unas ciento cincuenta páginas del octavo volumen de sus *Memorias*.¹⁶ La pieza consta de una «Advertencia preliminar» (pp. 1-4), y dos secciones bien diferenciadas: la «Vida de don Alonso de Ercilla» (pp. 5-64, con varios epígrafes biográficos y apéndices¹⁷) y el «Análisis de *La Araucana*» (pp.

14. *La Araucana*, ed. cit., pp. VIII-IX.

15. José Toribio Medina, *La Araucana. Edición del Centenario. Vida de Ercilla*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1916, p. 213. De hecho, cita media docena de veces en forma conjunta a Vargas y a Ferrer como si se trataran de una unidad.

16. *Estudio sobre la vida y obras de don Alonso de Ercilla*, en *Memorias de la Real Academia Española*, VIII, 1902, pp. 1-153.

17. [Preliminar], p. 5; «Noticias de Ercilla hasta salir del Palacio», p. 7; «Sucesos de D. Alonso de Ercilla en el Perú», p. 12; «Sucesos de Ercilla hasta su muerte», p. 32; «Ilustraciones a la vida de Ercilla» [notas y apéndices], p. 53.

65-135), que a su vez se dividía en dos partes sobre la «naturaleza» y el «desempeño» de la obra.¹⁸

El plan previsto comprendía más partes, de las que solo se llegaron a redactar un par de párrafos de la tercera, que se colocaron en esta edición cerrando la segunda; también quedaron en borrador muy sucio algunas secuencias de la parte no redactada. Mas para explorar esos pormenores tenemos que alejarnos del texto impreso en 1902 y acudir a los manuscritos. Vargas Ponce casi nunca tiraba un papel, así que disponemos hoy de varios estratos textuales que testimonian la documentación y la redacción. En esta ocasión, ya que el encargo se hacía para la Real Academia Española (en adelante RAE), es esta la que guarda parte de los manuscritos. Otros borradores permanecieron en el escritorio del gaditano y pasaron con su archivo personal a la Real Academia de la Historia (RAH), donde se conservan. No es fácil jerarquizar los testimonios, particularmente confusos en esta ocasión por tratarse de un escrito inacabado y andar dispersos en dos abigarrados legajos complementarios. De hecho, como suele acontecer en los papelotes del gaditano, es arduo discernir los auténticos testimonios textuales de los meros despojos, ya que, desde los primeros apuntes de lectura, escritos a vuela pluma en el envés o el sobre de una carta, hasta la última copia final de un pulcro amanuense (siempre con alguna apostilla más aquí y allá), conservaba los sucesivos estadios compositivos. En lo referido a *La Araucana*, hay que hablar de despojos tanto o más que de testimonios.

El fondo de la RAH consiste en lo siguiente: *La Araucana* de Dn. Alonso de Ercilla. Edición de la Academia Española. Año 1819, vol. 57 de Colección Vargas Ponce, sign. 9-4230(21). Carpeta con materiales diversos: 20 hs. de borradores del estudio de *La Araucana*, extractos de la obra, anotaciones sobre el autor, copias de documentos, etc., todo muy en sucio; cuadernillo con una copia del testamento de Ercilla, por petición del bibliotecario mayor honorario y predicador de S. M. Francisco Antonio González al corregidor de Madrid, del día 15-VI-1818;¹⁹

18. «Parte primera. Naturaleza de esta obra», pp. 65-105 (siete capítulos numerados).— «Parte segunda. Desempeño de *La Araucana*», pp. 106-135 (seis capítulos).
19. Todo el cuadernillo está sobre papel timbrado de 1818. La carta de González dice así: «estando proyectada la edición de la *Araucana*, poema épico y producción del célebre D. Alonso de Ercilla, se hace necesario dar al público una noticia exacta de la vida de este ilustre escritor; y conviniendo para este objeto sacar una copia del cobdicio y poder para testar que otorgó en 1594 ante Juan del Campillo, cuyos registros existen en la escribanía de número al cargo del presente [...]. A V. S. suplica se sirva mandar se le entreguen autorizadas en forma legal copias así del poder como del cobdicio, en lo que se recibirá un especial favor y V. S. ofrecerá un nuevo obsequio a la literatura española». Ferrer del Río informó sobre lo sustancia del documento en su edición, no sin advertir que, aunque estaba en la Academia de la Historia, era la Española la que había instado aquella copia: «Enviados fueron [los documentos pedidos por González en nombre de la RAE] al señor Vargas Ponce, y los conservaba al tiempo de su fallecimiento: como

cuadernillo con 28 hs., 20'5 x 15 cm. de extractos de *Arauco domado*, de Pedro de Oña; otro par de papeles con borradores; cuadernillo con el texto de la biografía de Ercilla, 31 hs., 30'5 x 20'5 cm., en limpio, a medio margen, con letra de amanuense, pero con correcciones y adiciones autógrafas;²⁰ 13 hs. variadas en tamaño y procedencia conteniendo más partes sueltas de borradores y anotaciones, incluidas dos versiones de la «Advertencia preliminar». El legajo contiene papeles de distintos tamaños, a veces escritos en varias direcciones para aprovechar el espacio, a veces pegados con adhesivos para hacer añadidos, y todo con mucha enmienda y tachadura.²¹

La primera conclusión es que el fondo de la RAH conserva principalmente lo relativo a la biografía de Ercilla, en particular una versión muy en limpio, de amanuense; por otro lado, las dos partes de que consta el análisis de la *Araucana* están referenciadas en el fondo de la RAE, donde veremos que existe una copia hecha por otro amanuense y todavía muy trabajada a mano por el autor. En todo caso es seguro que hubo más de una copia en limpio: esto, que era un procedimiento frecuente en el erudito gaditano, queda probado porque entre los materiales sueltos de la RAH queda una hoja solitaria de una de esas copias, con un pasaje de la argumentación sobre el carácter histórico del poema. Es otro tamaño de papel, letra de un amanuense distinto y otra forma de disponer el texto en el papel, sin nada que ver con el manuscrito de la biografía. El texto de esa hoja corresponde literalmente al que se editó en 1902: es por tanto una versión avanzada, si no definitiva.

Por otra parte, si vemos la biografía de Ercilla en limpio de la RAH, se incluyen al margen varias notas nuevas autógrafas de Vargas Ponce (muchas de ellas citas del poema de Ercilla), que no están recogidas en la edición de la RAE, de lo que cabe deducir que fue otra copia la usada. También se conserva una versión ampliada y corregida de la «Advertencia preliminar» en uno de los últimos papeles sueltos del legajo de la RAH. Es una hoja escrita por amanuense, que corresponde a lo publicado en 1902, de modo que ha de pertenecer a alguna copia en limpio final. Pero sobre esa versión Vargas Ponce, a mano y con bastante descuido

legó todos sus papeles a la Academia de la Historia, allí hubo que acudir a investigar el paradero del poder para testar y del codicilo de Ercilla; y encontrados sin esfuerzo, se nos franqueó generosamente la oportuna copia» (*La Araucana*, ed. cit., t. II, p. 457).

20. La biografía está entera, pero consta de un bloque de diez pliegos unidos y más pulcros y de otros seis sueltos: este segundo bloque continúa el anterior, también con letra de amanuense, pero con más correcciones añadidas a mano y menor pulcritud, por lo que quizá representa otro estadio de copia. Se numeran a mano los pliegos con esta indicación en el primero: «11 después de los 10 pliegos unidos».
21. Fuera de este legajo, la RAH también alberga unos «Apuntes sobre Ercilla» en un pliego suelto en folio, sign. 9-6061 (véase Abascal y Cebrián, cit., p. 353a, n° 7).

añadió un pasaje nuevo, además de cambios menores. Al final del primer párrafo, que se cierra encomiando la justicia de que la Academia, que ha de velar por la literatura y el idioma, ofrezca a la nación en primer lugar la obra de quienes más los perfeccionaron, Vargas Ponce quiso añadir una amplificación más retórica y nacionalista sobre la grandeza del español. Aunque las adiciones autógrafas a que he aludido tanto en la biografía como en la advertencia son de poca entidad y no ofrecen variantes sustanciales, nos hacen ver que la edición de 1902 no se hizo (al menos en esa parte) sobre la ultimísima mano del autor, sino sobre una anterior.

Pero lo más importante quizá del depósito de la RAH es que en él se registran borradores de un comentario extenso sobre la obra de Pedro de Oña, que no pasaron al texto final. El borrador empieza diciendo: «Pedro de Oña, autor de tres poemas épicos y que osó en uno medirse con Ercilla, debe darse a conocer en una edición de *La Araucana*». Vargas traza una biografía somera de Oña y luego extracta y comenta numerosos pasajes del *Arauco domado*. El eje de esa sección inconclusa era el cotejo de ambos poemas, en detrimento de Oña. Todo ese material responde a uno de los objetivos —no cumplidos— del estudio de Vargas Ponce, expuesto en la «Advertencia preliminar»: la comparación de *La Araucana* con obras metrificadas análogas, en particular las de Santiesteban y Oña.

En cuanto al segundo fondo, en la biblioteca de la RAE se contiene, con la signatura Ms. 310⁵, un extenso lote documental con materiales para la edición de *La Araucana* de Ercilla, que corresponde al segundo bloque de lo que se publicó en las *Memorias* de la RAE y a su trabajo previo²². Ahí se encuentra la mayor parte del material en bruto del autor: los extractos y comentarios de las obras consultadas, las primeras y muy sucias redacciones de la parte analítica (esta parece haberse trabajado por separado de la biográfica), etc. Copio a continuación la entrada correspondiente del catálogo; los títulos se han tomado de las carpetas que preceden a los textos:

Ms. 310⁵ [*Papeles varios, en su mayoría relacionados con la edición de la Araucana de Ercilla.*] S. XIX, papel, 274 ff., 30 × 21 cm (o menores), en una carpeta. Contiene las siguientes obras:

22. *Catálogo de manuscritos de la Real Academia Española*, Anejos del Boletín de la Real Academia Española L, Madrid 1991, pp. 295-296. Este catálogo ofrece una descripción muy detallada, aunque no menciona el nombre de Vargas Ponce. Actualmente esta signatura ha repartido su contenido en tres grandes carpetas. El grado de relación de este fondo con la edición de 1902 queda por determinar, sobre todo porque en este legajo no hay rastro alguno de la biografía de Ercilla y porque el texto de esta que guarda la RAH, como hemos visto, contiene enmiendas a mano que no pasaron a la edición, por lo que cabe deducir que la RAE manejó de esa sección otra copia en limpio previa a los cambios autógrafos de la de la RAH, que no se conserva o está en algún otro lugar.

1. «*Análisis de la Araucana, 1ª y 2ª parte, en limpio*», seguido de unos apuntes para adicionar a ese análisis y un borrador de la parte tercera (ff. 1-66).
2. «*Extractos al vuelo de la Araucana de la edición de Madrid en XVIº, de Juan de la Cuesta, año 1610*» y «*Extractos al vuelo de Arauco domado: compuesto por el licenciado Pedro de Oña, natural de los infantes de Angol en Chile*». Les siguen unas notas que dicen: «*Análisis de la Araucana, Cádiz 1º de Febrero de 1820*» (ff. 67-94)²³.
3. «*Apuntes y extractos de la Araucana, para la edición que medita la Academia. Sacados en Cádiz en abril de 1819*» (ff. 95-122).
4. «*Araucana de D. Diego de Santisteban y Osorio, continuación de Ercilla, y también algo acerca de la de éste y sus cosas. Sevilla, octubre de 1814*» (ff. 123-128).
5. «*Bosquejo de la Araucana*» y «*Extractos y juicios de la Austriada de Juan Rufo, y su comparación con la Araucana de Ercilla. En Sevilla... agosto de 1814*» (ff. 129-146).
6. Extractos de varias obras de Cristóbal de Mesa, y juicio sobre las mismas (ff. 147-189).
7. «*Extractos de "La conquista que hicieron los poderosos y católicos reyes D. Fernando y Dª Isabel en el reino de Granada", de Duarte Díaz; de "Hechos de D. García", de Francisco de Rojas y Sandoval, y de otras obras, tomados para la edición de la Academia*» (ff. 190-192).
8. «*Extracto de las "Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras" por Hugo Blair...*», traducida por Joseph Luis Munárriz, y comentarios de Steevens sobre Voltaire (ff. 193-202).
9. Copia de varios papeles de Pedro de Valdivia, para tener en cuenta en la edición de la Araucana (ff. 203-210).
10. «*Fragmento de una carta escrita a Voltaire por Arturo Murphy, traductor de Salustio y Cicerón*» y extractos de comentarios sobre Ercilla de William Hayley, Johan Andreas Dieze, Bouterwek y F. Schlegel (ff. 211-240).
11. Escrito en defensa de la épica española, fechado en Cádiz, a 16 de Agosto de 1817, con una relación de poemas épicos españoles (ff. 241-248).
12. «*Extracto de El Pelayo, poema de D. Alonso de Solís Folch de Cardona*», y extracto de las «*Lecciones solemnes de D. José Pellicer a las Soledades de D. Luis de Góngora*» (ff. 249-259).

23. En realidad, en este confuso conjunto de folios muy emborronados hay también, a continuación de los primeros folios que contienen esos extractos, bastantes pliegos con borradores muy primitivos de partes del estudio de *La Araucana*. Bien podrían corresponderse con la primera tentativa de redacción. Los ff. 93-94, aunque situados al final de esos pliegos, probablemente eran los primeros, y contienen la anotación y la fecha que indica el catálogo: Cádiz, 1-II-1819. Son dos versiones sucesivas del arranque del análisis de la obra.

13. «*Sobre las poesías del Arcipreste de Hita. Prólogo, al parecer en borrador, del tomo 1º de la Colección de poesías castellanas de D. Tomás Antonio Sánchez*» (ff. 260-274).

El bloque más extenso del legajo es su primer documento, cuyo título de portada reza «Análisis de la Araucana, 1ª y 2ª parte, en limpio». Pero dista mucho de estar en limpio, es una versión de amanuense (distinta a la copia de la biografía de Ercilla que está en la RAH, obra de otro copista)²⁴ sobre la que se han hecho todavía bastantes correcciones, añadidos y tachaduras. Las nuevas anotaciones y cambios parecen ser todas de la misma mano, la de Vargas Ponce, pero hechas en momentos distintos a juzgar por la tinta y el modo de disponerse sobre el manuscrito. Hay frecuentes remisiones a otro documento de trabajo paralelo («papel de apuntes» lo llama), con el que los cambios introducidos están en continuo diálogo.²⁵ Es una versión de trabajo, cuyas enmiendas se incorporaron al texto editado en 1902, aunque no he podido hacer un cotejo completo. Esta copia consta de treinta pliegos, pero los últimos ya están mucho más en sucio. En la última hoja figura el título «Parte tercera. Fortuna de la Araucana», que es el punto donde la obra quedó sin acabar. Debajo de ese epígrafe, muy en sucio, Vargas Ponce garabateó algunos párrafos más. En la edición de 1902 esos párrafos figuran como cierre de la segunda parte, tras haberse suprimido el epígrafe inútil. Todo hace pensar que esta copia es la fuente usada para estas secciones del texto en la edición impresa, aunque siempre cabe la posibilidad de que sirviera para sacar otra copia en limpio que fuera la que luego se usara. Para complicar algo más la cuestión textual, al final de toda esta parte del legajo se contiene un solitario pliego, con letra de un amanuense distinto a todas las demás copias de que vengo hablando, del comienzo de la «Parte tercera. Fortuna de la Araucana».

Resumo las conclusiones más relevantes de la revisión de estos dos fondos documentales. En primer lugar, la parte biográfica y la parte analítica parecen haberse trabajado por separado, quizá en momentos distintos y como parte de una pulsión erudita diferente. Vargas Ponce era muy dado a los estudios biográficos, y no tanto al análisis literario de obras concretas, y la biografía de Ercilla bien puede haber sido su intención primaria, a la que luego se sumó la necesidad de ofrecer un estudio sobre el género de la obra y sus logros estéticos, para cuadrar la edición con los principios establecidos por la Academia.

24. Esta versión parece coincidir con la hoja suelta que he mencionado en la RAH. Pero como he sugerido, tuvieron que hacerse varias copias sucesivas y es difícil establecer la filiación de tanto despojo.

25. Esos apuntes están al final de la copia, bastante en sucio.

En segundo lugar, no queda rastro de trabajo filológico tendente a preparar la edición en sí: es de suponer que esa dimensión del proyecto, que a fin de cuentas pretendía ante todo ser la edición con garantías de un clásico, estaría reservado a la fase final del calendario planeado.

Una tercera conclusión es que el texto nunca alcanzó forma definitiva con el visto bueno del autor, pues había partes sin redactar, otras en borrador embrionario (el cotejo de *La Araucana* con otras piezas contemporáneas), y partes en limpio que el autor seguía corrigiendo. La versión que se llevó a imprenta ochenta años después correspondía a una puesta a punto editorial de las versiones más avanzadas que tenía la RAE. A partir de ahí el análisis de los testimonios textuales tendría que llevarse a un nivel de detalle que resultaría ocioso para mis fines, pero que ilustraría numerosos aspectos de interés, como por ejemplo la lista de obras en que Vargas Ponce se documentó, la ayuda que recibió para ello en Sevilla y Cádiz (con la participación del matrimonio Böhl de Faber, de cuya mano podrían provenir algunos de los materiales de la carpeta de la RAE), etc. Pero será mejor acudir ahora al resultado final, y no a su arqueología.

3. «QUE A VIRGILIO SUPERA EN MÁS DE UN TROZO». ANÁLISIS DEL ANÁLISIS

En la «Advertencia» prologal Vargas Ponce argumenta que el proyecto académico de publicar el *Quijote* y *La Araucana* seguidos no era una combinación arbitraria, sino que significaba ilustrar las letras de la nación poniendo a la par su mejor prosista y «el que, sublime tantas veces, con casi nunca nublada belleza y siempre con decoro y nervio, manejó en castellano el verso heroico».²⁶ Cervantes y Ercilla quedarían hermanados en la cumbre de perfección de la lengua literaria española. Pero añade que ilustrar *La Araucana* es más necesario, porque de la obra de Ercilla han sido «los elogios tan subidos como acedas las censuras, quizá exagerados ambos extremos» (p. 1), por lo cual requiere más análisis y comentario que fijen su verdadero mérito. Tenemos, pues, establecido el objetivo: la fijación del sentido de la grandeza del poema en el marco de una reivindicación polémica, pero con carácter crítico, enjuiciando con imparcialidad sus luces y sus sombras, y sometiendo a crítica cuanto se había escrito sobre Ercilla.²⁷

26. *Estudio sobre la vida y obras de D. Alonso de Ercilla*, ed. cit., p. 1 (en lo sucesivo indicaré en el cuerpo del texto las páginas).

27. El plan consistía en presentar primero la biografía, analizar luego la obra, considerando tanto la naturaleza de su género como el desempeño del mismo, compararla con las otras piezas poéticas que corresponden a su misma naturaleza y estudiando después su influencia en la literatura posterior (estas dos secciones finales no llegaron a escribirse, salvo en borradores fragmentarios y alusiones insertas en lo anterior). Del texto elegido y sus criterios de edición no explica nada,

De la biografía siempre insiste «que tenemos inéditas y no vulgares noticias» (p. 2). Este sería, en efecto, el segmento más influyente del estudio de Vargas Ponce. El ilustrado gaditano solía tener más éxito cuando desempolvaba datos y hechos que cuando interpretaba textos o articulaba ideas. En esa labor le ayudó el que el madrileño Ercilla fuera de un linaje de Bermeo, ya que él estuvo acumulando documentación vasca muchos años y reunió una colección impresionante de papeles de archivos municipales y parroquiales. Por lo demás, a menudo aprovecha su enciclopédica sabiduría para llenar lagunas de modo puramente conjetural. Por ejemplo, si nada se sabe de la educación infantil de Ercilla, salvo que fue paje de Felipe II, Vargas Ponce, que también era experto en la historia de la educación y había estudiado el sistema de ayos y pajes aristocráticos en el siglo XVI, se permite «adivinar» (p. 7) cuál fuera el resultado de esa formación refiriéndose a otros casos y a circunstancias generales.

En la biografía subraya mucho el currículo militar de Ercilla, no solo porque, marino él mismo y a pique de perder la vida en una batalla, anduviese bien predispuesto a ensalzar el lazo entre armas y letras, sino porque su concepción de *La Araucana* luego se estructurará a partir de su veracidad como relato histórico de hechos personalmente vividos. De hecho, el propio poema es una de las fuentes recurrentes de la biografía.²⁸ Y de paso la figura del soldado poeta le faculta a trazar otro paralelismo que sitúa a Ercilla en la cúspide del Parnaso hispánico:

A tan remota campaña [la pacificación de Perú] quiso acompañarle Ercilla para que se verificara que, si del alcázar de Carlos V salió el dulce Garcilaso a ser entre el estruendo de las armas el más suave y fácil de nuestros bucólicos, del palacio de Felipe II saliera el más sublime y grave de nuestros poetas. Sea dicho de paso en honor de nuestra milicia que entre sus lanzas y mosquetes se han formado en todo género nuestros ingenios del primer orden: Garcilaso, Ercilla, Lope, Cervantes, simples soldados, los capitanes Virués y Aldana, los generales Esquilache y Rebolledo (p. 11).²⁹

solo que al final de cada canto habrá un exhaustivo análisis y comentario: tampoco se redactó ninguna de estas exégesis.

28. Su alta idea del poema le otorga la condición de fuente histórica, que Vargas Ponce no regala a la ligera. Queda claro cuando niega tal estatuto a la continuación de *La Araucana* por Diego de Santisteban; allí se cuenta una refriega de Ercilla, que al frente de veinte hombres derrota y mata a treinta naturales del país. Vargas Ponce apostilla: «Nada tiene el suceso de inverosímil; pero no constándonos su certeza por otro testimonio, lo colocaremos por vía de apéndice, no queriendo dar aire de novela a los hechos de Ercilla ni a su vida» (pp. 29-30). Es de notar su sentido crítico, pero también la diferente legitimidad concedida a un poema y a otro.
29. No será el único parangón que emplee para elevar a Ercilla, a quien calificará de «imitador de César no [...] menos diestro con la lanza que feliz con la pluma» (p. 18).

En lo restante, la biografía usa como fuente prioritaria obras manuscritas de Esteban de Garibay,³⁰ y al contrario establece un antagonismo con el elogio que había publicado en 1585 Cristóbal Mosquera de Figueroa. Esa pieza se había venido reimprimiendo numerosas veces, entre otras en la edición de Sancha de 1776 a cargo de Francisco Cerdá y Rico, quien se libera de la necesidad de presentar la vida de Ercilla por considerar que la de Mosquera llenaba a la perfección tal cometido. Los reproches a Cerdá van de la mano a las dedicadas al añejo, exagerado y acrítico trabajo de Mosquera. «Ercilla distará mucho de ser conocido de solo conservarse los lugares comunes, trasminando a escolasticismo, que le aplicó aquel licenciado con resabios de dómine» (p. 41). En buena medida Vargas Ponce concibió su proyecto editorial con la vocación de divulgar a Garibay y de jubilar el relato de Mosquera y la edición de Cerdá.

El análisis literario ocupa el resto del texto conservado de Vargas Ponce. En los borradores de la RAH hay en primer lugar una hoja muy maltratada con redacciones sucesivas del comienzo de la segunda parte (naturaleza de la obra), que principia preguntándose: «¿A qué género de composición literaria pertenece la *Araucana*?» Esta primitiva redacción se limita a decir cuáles son los primeros datos que hay que consultar —las palabras del autor y la obra misma—, para pasar de inmediato a enumerar todas las veces que Ercilla se refiere en el poema a su carácter. En la versión definitiva, que ya es la que figura en el manuscrito de la RAE, y por tanto en 1902, tras la pregunta se añadió otra que acotaba el problema teórico: «¿Es una epopeya o una historia en rimas?» Porque en efecto el debate literario que plantea Vargas Ponce en torno a la obra gira sobre el género a que pertenece. Su postura, en tal sentido, es una visión extrema de una de las interpretaciones habituales que ha suscitado *La Araucana*: la que afirma su historicidad.³¹

30. Vargas Ponce reconoce la dificultad de seguir reconstruyendo el itinerario vital de Ercilla después del momento en que Garibay interrumpe su relato, y recurre a fuentes indirectas y poco expresivas, como las aprobaciones que el poeta fue publicando en libros de su tiempo.

31. Mi estudio presenta desde una perspectiva interna la aportación histórico-literaria de Vargas Ponce, no aspira a revisar su ubicación en la bibliografía crítica sobre *La Araucana*, que es cuantiosísima y aquí he dejado de lado. Me limitaré a subrayar que el problema que se plantea el gaditano corresponde al debate principal que ha suscitado la obra: el de su carácter veraz o verosímil (en cuanto historia, autobiografía y descripción de sucesos reales) dentro de una tradición, la de la épica culta, que no suele seguir esos derroteros. Su peculiaridad estaría en la vocación insistente de veracidad, en la presencia continua y multiforme del yo y en la dialéctica entre verdad histórica y verdad poética, que tienen en el concepto aristotélico de verosimilitud un punto de encuentro (véase Virtudes Atero Burgos, «*La Araucana* en la literatura española de los siglos de oro: un panorama crítico», en *Estudios de la Universidad de Cádiz ofrecidos a la memoria profesor Braulio Justel Calabozo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998, pp. 341-354).

Al margen de los argumentos que pueda haber para afirmar tal cosa y de que era un juicio ya defendido por muchos, por ejemplo Luzán y Forner, esto también refleja el carácter del intérprete. Vargas Ponce se consideraba ante todo historiador, su academia fue siempre la de la Historia y tenía tan alto concepto de esa disciplina que estimaba que la condición histórica de un texto —siempre y cuando esa historicidad fuera solvente— proporcionaba un incontestable criterio de calidad. No es hipérbole, concibe la historia como una suerte de sacerdocio de la verdad:

Se penetró Ercilla de que el historiador ha de seguir por su órbita esparciendo la verdad, como por su eclíptica el majestuoso astro del día nos dispensa la luz. Igual a todos la envía y derrama por los palacios y las cárceles, para el desalmado como para el justo. Si el oficio del sol es dar luz a todo el universo, el del historiador ofrecer la verdad al género humano. Fiel en tal grado Ercilla a su alta vocación, se resuelve a consignar la verdad en el lenguaje de los dioses (p. 107).

Así pues, la tesis reiterada en cada página otorga a Ercilla consideración de historiador y, por consiguiente, define *La Araucana* como libro de historia. A eso dedica la mayor parte del análisis. Enumera casi una veintena de citas en que Ercilla se refiere a su libro como «historia», sin poder hallar ninguno en que aluda a epopeya, épica o siquiera poema. Otros veinte pasajes se espigan donde el autor subraya su intención de contar hechos reales de los que ha sido testigo. Un segundo argumento lo conforma la expresa reticencia de Ercilla a elementos mágicos y milagrosos, tan habituales en la épica, a pesar de que el desarrollo de la historia le presenta uno —avalado por el testimonio y la creencia común del ejército— en el canto IX.

En segundo lugar, Vargas Ponce analiza si Ercilla cumple lo que declara, concluyendo que sí tras examinarla por partes. Elementos axiales de la disciplina histórica lo constituyen «la geografía y la cronología» (p. 71) y en *La Araucana* ambos se presentan con toda extensión y rigor: «su primer libro es puramente de geografía y cual pide la dignidad de una historia, y según lo han practicado los historiadores de más nota» (p. 71). Cita pasajes donde el terreno y la orografía están descritos con asombroso nivel de detalle, solo comparable según el gaditano a Polibio. Lo mismo en cuanto al plano temporal: «no menos exacta es la cronología: cuenta a veces hasta las horas. Si tal menudencia ridiculizaría un poema épico, en una historia semejante ejemplo es un requisito muy esencial» (p. 74). La temática exclusiva del poema es la ordenada sucesión de acontecimientos de la campaña militar.

El apartado siguiente refuta opiniones contrarias que asocian muchos de esos puntos a la tradición épica y al modelo ariostesco. A continuación, plantea la

existencia de tres largas digresiones en el hilo narrativo, que Vargas Ponce admite, pero solo a título de defectos: «ojalá que [...] no se leyese en *La Araucana*; pero, aun leídas, no la sacan, sin embargo, de la esfera histórica» (p. 77), algo que argumenta prolijamente. De hecho, el único momento en que asegura que Ercilla se deja llevar por una pulsión poética y no histórica, es cuando el mal gusto de su tiempo le induce a unos «desbarros» (p. 79) que tienen vía libre en la poesía, mas no en la sacrosanta Historia. Pero ni siquiera en la poesía le gustan esas ficciones, tan por debajo de la belleza intrínseca que otorga la verdad histórica. Más claro lo dice un poco después, cuando afirma que Ercilla tenía dotes poéticas más que suficientes para haber escrito la gran epopeya de la que carece la literatura española, pero que eligió no hacerlo, y eligió bien, porque «factible será que el hombre de puro ingenio prefiera ser autor de la *Eneida*; empero más positivo es que todo hombre de acrisolada virtud quisiera haber escrito la *Farsalia*» (p. 95). Tirando de ese hilo moralista, y a fuer de historiador crítico e ilustrado, Vargas Ponce enjareta la consabida censura contra los falsos cronicones, los plomos del Sacromonte y demás falsedades y mitos que han desfigurado la verdadera historia de España. Es revelador que establezca esta conexión, consustancial al académico de la Historia, cuando analiza un poema clásico para la Academia Española. Concluye afirmando que el episodio de Dido en *La Araucana* equivale a *El curioso impertinente* en el *Quijote*: «ambos episodios traídos sin violencia, y, no obstante, los dos harto superfluos en una y otra obra; dormitaciones entrambas de nuestros Homeros» (p. 81). Pero este lunar no enturbia la historicidad del poema.

Luego recopila las afirmaciones de contemporáneos que ensalzan la obra de Ercilla como relato veraz e histórico, a veces forzando muchísimo *pro domo sua* la interpretación de los pasajes que aduce. No obstante, el arduo aparato demostrativo que despliega Vargas Ponce para probar esa intención histórica se justifica precisamente por «lo obscurecida que la vemos» (p. 68), lo que apunta al carácter polémico que posee el estudio. Porque el gaditano sostiene que en los últimos tiempos el juicio sobre *La Araucana* se ha desvirtuado hacia la interpretación opuesta, la que integra la obra en el campo de la épica: al respecto cita a López de Sedano, Lampillas, Andrés, García Arrieta, el P. Luis Mínguez y Masdeu. Es fácil comprender lo importantes y recientes que son estas referencias, que juntas marcan una decidida corriente histórico-literaria que reencauza *La Araucana*: «siendo estos autores los modernos guías, no es de admirar que se haya trocado la opinión y que el siglo XIX gradúe *La Araucana* de epopeya, contra el sentir de su autor y de todos los del siglo XVI» (p. 91). El empeño de Vargas Ponce, pues, se orienta a aprovechar el prestigio de la Academia Española para poner un dique a esa corriente y regresar a lo que entiende como recta y originaria lectura de la obra.

Atribuye el repetido error a la obsesión por disponer en nuestras letras de un poema épico de altura que oponer a los de otros países, que ni España ni Francia

poseen. Esta reflexión nacionalista reconduce el debate de historia literaria a un plano ideológicamente más ancho y comprometido. Reproduce así en el capítulo VII de esta segunda parte la interpretación de la historia de España que atribuye la pérdida de la grandeza cultural y científica lograda entre los siglos XV y XVI al efecto lamentable en el XVII del despotismo, los jesuitas, la Inquisición y el mal gusto literario:

En este trastorno de ideas, en tan completo abandono de las seguras guías, en tamaño olvido de sus doctos preceptos tomaron las vislumbres y cambiantes por colores fijos y permanentes y se creyó sin examen que todo lo que estaba en verso heroico y cantaba hazañas de algún héroe o zurcía los hechos de algún beato era en realidad una epopeya. Bajo este equivocado principio, cuando todavía no tenemos siquiera una digna de esta investidura, se contaron más de un centenar (infinitas las estima Sedano), y a su frente, como por aclamación, se colocó la de Ercilla (p. 94).

Es así como, de repente, la discusión de si *La Araucana* es historia o epopeya se transforma en otra dicotomía —una más— en que elegir entre oscurantismo e Ilustración, o por decirlo más claro, en la alternativa generacional que tuvo que encarnar la sociedad española de aquel tiempo. Exagerando, ver épica en el poema sería como ser partidario del despotismo, el Barroco y la Inquisición, mientras que entenderlo como historia le constituye a uno en defensor del progreso, la razón y las Luces.

Dedica las últimas páginas de esta larga disquisición a comentar los elementos propios de la épica que figuran en *La Araucana*, que no considera determinantes a la hora de fijar su género: el uso del verso heroico;³² la división en cantos; la inclusión de episodios que parecerán épicos «al que ignore la historia de Arauco» (p. 97) y que solo prueban la grandeza de las hazañas de los españoles en América;³³ etc. Finalmente recopila las diferencias esenciales entre *La Araucana* y la poética de la epopeya, negándose a creer que Ercilla la desconociera hasta ese punto. Concluye afirmando, tras haber dedicado a ello cincuenta páginas, que, por los testimonios de Ercilla, de sus contemporáneos, de los críticos posteriores, de la razón y la buena crítica, hay que «confirmar con tan poderosos valedores que *La Araucana* es historia» (p. 105).

32. «Pero el verso no es más que un dialecto de todas las lenguas, aplicable, según veremos, a cualquier asunto que admita su dignidad» (p. 96).

33. Solo concede, nuevamente a título de error, que Ercilla tiene la flaqueza de que, «no sin modelos aunque sin tino, introdujo la magia en su historia, cosa tan impropia de su instituto y no dislocada en la épica» (p. 100).

La última parte redactada del análisis —mucho más breve— estudia la mayor o menor calidad del resultado final, es decir, su ejecución literaria, que le lleva a una valoración global positiva. Alaba la versificación y la estrofa, para luego evocar los antecedentes de «historias en verso» en las letras españolas, con lo que vuelve a su tema favorito. Antes de interrumpirse el estudio gasta algunas páginas en el estilo y el colorido de lenguaje de Ercilla, su capacidad para reproducir diálogos y arengas, para formular símiles y metáforas, entre otros aspectos formales, con subidos elogios entreverados de citas. Toda esta parte es más ponderativa que argumentativa. Un último apartado, en fin, enumera los defectos que la sana crítica puede señalar en esta obra maestra.

Como hemos visto, de las tres fases del proyecto —biografiar al autor, analizar literariamente la obra y ofrecer un texto limpio y comentado— solo se concluyó la primera, se dejó a medio terminar la segunda y no se hizo nada de la tercera. La biografía tuvo buen acabado, aportó novedades y se difundió de forma indirecta y luego directa en la tradición crítica posterior. El análisis remaba contra corriente en un momento en que se tendía a corregir la interpretación historicista del poema, que Vargas Ponce reafirma con un extenso aparato argumentativo y un vigor que a la postre desvela el inmenso respeto que le inspiraba la disciplina de la historia; su enfoque, que fue poco seguido por Ferrer del Río en la edición de 1866, acaba en última instancia contribuyendo a mantener vivo uno de los más constantes paradigmas críticos de la obra, pero no presenta elementos de máxima relevancia. En cuanto a la transmisión textual, es obvio que no pudo aportar nada, porque nada se hizo. En cualquier caso, las horas de trabajo que sacó el desterrado Vargas Ponce a la pobreza, la ceguera y la mala salud en sus años de mayor decaimiento son una prueba de su inmenso amor por las letras y por la erudición, y también por Alonso de Ercilla. Así que para terminar quizá no hay mejor muestra de esta admiración que la «Epístola a Ángel Saavedra», un poema en tercetos que fechó en Huelva, a 9-IV-1815, dirigido al entonces joven escritor. La pieza es una vigorosa exaltación a que consagre su talento a la gran poesía, y que deseche tanto la pereza del ocioso, como la frivolidad del poeta lírico que hace «coplitas, y aunque sean sonetos». Que solo tome las armas si la patria está en peligro y que ocupe su esfuerzo en ocupar la plaza que Arriaza no fue capaz. Su único modelo ha de ser este:

¿Qué coplas sueltas viven hoy de Ercilla?

Pues antes que lector a la Araucana,
faltarán castellanos en Castilla.

Hete aquí tu rival. Suda y afana;
pues te quitó que fueses el primero,
quítale solo ser. ¡Envidia sana!

Él, hidalgo cual tú, cual tú guerrero,
 en campaña os nació temprano bozo,
 alternando la pluma y el acero.

Sé tú cual fue, honor y timbre y gozo
 de la nación, en verso tan sublime
 que a Virgilio supera en más de un trozo.

¿No te arrebató y mueve, mi Ángel, dime,
 habla tan noble, máximas tan bellas?

¿No te elevas con él? ¿Gimes si gime?³⁴

Lo curioso –y un tanto contradictorio– es que aquí pone a Ercilla a hom-
 brearse con Virgilio, y no con Lucano, como si se hubiera olvidado de que *La*
Araucana no es un poema épico, sino histórico. A la hora de alabar, en los conven-
 cionalismos de una epístola moral, hay que subirse al último peldaño de la escala
 del Parnaso, aunque ese sea el de la epopeya.

34. Leopoldo Augusto de Cueto, ob. cit., p. 607. Más adelante aclara en la epístola que lo que el futuro duque de Rivas ha de hacer es un gran poema que una su nombre al de Hernán Cortés. La respuesta en verso de Saavedra declina, con falsa modestia, el encargo por su incapacidad de acercarse a la grandeza de Ercilla.